

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2010

© Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala

© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala

La clave de "Y va de cuento" de Ayala

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición: La Trama Digital

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España / Printed in Spain

LA CLAVE DE "Y VA DE CUENTO" DE AYALA

Carolyn Richmond

Fundación Francisco Ayala

Universidad de Granada

2010

Índice

Este libro 11

La clave de “Y va de cuento” de Ayala 13

Parte Primera

Desde el diario a la creación:

 El escritor Ayala 17

Cruce de géneros en un clásico moderno .. 21

Vida y arte, arte y vida:

 El proceso de la creación 25

Teoría y práctica:

 Primera conclusión 35

Parte Segunda

Ayala crítico, Ayala creador:

 Pistas para un escamoteo 39

El cuento *robado* de/por Francisco Ayala ... 49

Francisco Ayala: «Y va de cuento» 61

Recorte original del *New York Times* 69

A nuestro buen amigo, Luis García Montero

Este libro

LA historia de esta indagación literaria —una auténtica aventura crítica— está contada en el ensayo mismo que da título al presente libro, *La clave de “Y va de cuento” de Ayala*, cuyo proceso de elaboración ha resultado ser, para mí, una experiencia verdaderamente única.

Para que el lector pueda valorar por sí solo las conclusiones a las que llego, se reproduce al final de mi estudio el texto ayaliano en cuestión: quizá uno de los más enigmáticos de su autor. El recorte original del *New York Times* que le sirvió de punto de partida está reproducido en la página 69. Para quien tenga interés, el cuento de Unamuno al que en mi estudio me refiero está recopilado en el volumen titulado *El espejo de la muerte*, publicado por Alianza Editorial.

Mi propia relación, tanto personal como profesional, con Francisco Ayala se ha caracterizado por la *complicidad*, una disposición que, a juzgar por este libro, está todavía bastante lejos de desaparecer.

Carolyn Richmond
Madrid, 3 de noviembre de 2010

La clave de “Y va de cuento” de Ayala

Life is as tedious as a twice told tale

Shakespeare, *King John*, III, iv
Epígrafe a “Cuento viejo” de Ayala

Esto no son cuentos.

Comienzo de “La vida por la opinión” de Ayala

Uno de los cuentos más famosos de Edgar Allan Poe, The Purloined Letter (La carta robada) [...] opera a base de la sutileza y del ingenio.

Comienzo de “El crimen secreto o el secreto de la momia” de Ayala

Desde entonces, «la carta de Poe» ha pasado a ser entre nosotros una palabra-clave [...], que siempre vuelve a desencadenar la alegría de su risa hermosa.

Final de “Entre el *grand guignol* y el *vaudeville*” de Ayala

ESTE ensayo iba a tener otro título, una extensión menor y, desde luego, una conclusión distinta, pues cuando, tras unas preparaciones preliminares, me puse por fin a escribir ya creía yo saber hacia qué meta me dirigía y

por qué camino la pensaba alcanzar. El acto de escribir resulta ser, siempre, un viaje de autodescubrimiento en el tiempo, en el espacio y en lo más profundo del espíritu humano: *cogito, ergo sum*. Sin entrar en detalles, pues no se trata de elaborar aquí ningún *ars poetica* propia, sólo advertiré que más de una vez el proceso mismo de escribir —una mezcla de raciocinio e intuición— ha terminado por encaminarme, imprevisiblemente, hacia algún secreto todavía sin desvelar. Algo así me aconteció durante la redacción de este trabajo, cuando, en un momento dado, de repente vislumbré una nueva luz de apertura donde antes sólo había previsto un final cerrado. Dada esta y otras circunstancias relacionadas con la génesis y desarrollo del presente ensayo he optado por encabezarlo, *a modo de prólogo*, con estas palabras preliminares.

Invitada por la Fundación Caballero Bonald a participar el 14 de julio de 2010 en un homenaje a Francisco Ayala con ocasión de la entrega, póstuma, del Premio de Honor de aquella entidad —premio, dicho sea de paso, relacionado con el “ensayismo hispánico”—, se me ocurrió analizar un texto de mi marido relativamente desconocido y, a juicio mío, de especial interés: una creación a primera vista híbrida, de problemático género —¿cuento?, ¿ensayo?—, que siempre me había fascinado. (Prueba de ello es que, casi veinte años después, guardo celosamente en un sobre amarillento el recorte

de prensa original, del 30 de octubre de 1991, que le sirviera de inspiración.)

Me puse, pues, a trabajar. Como dije, al ir llegando yo a la parte que me parecía que iba a ser el final del estudio, creía, satisfecha, haber tocado fondo en mi análisis del texto. Ya dos días antes de emprender el viaje desde Madrid a Jerez de la Frontera estaba segura de tener en mi poder un borrador que podría presentar en público (un texto que a grandes rasgos correspondía al contenido de la primera parte de la presente —y definitiva— versión del ensayo). Sin embargo, al irme aproximando en mi redacción a lo que en aquel entonces pensaba sería su conclusión, me di cuenta de que se me había abierto de repente una nueva, e importante, vía de investigación: el escrito ayaliano, mucho más complejo de lo que hasta entonces hubiera sospechado, ocultaba —¡de eso estaba convencida ya!— otro nivel de lectura que hasta aquel momento me había eludido. O sea que, como en su día ocurriera en un conocido relato de Edgar Allan Poe, en el “Y va de cuento” de Ayala también había —en sentido figurado, claro está— *gato encerrado*...

Pese a que hubieran preparado para el acto de la Fundación un precioso folleto de homenaje a mi marido donde se reproducía el texto de “Y va de cuento”, ilustrado por una fotografía del antes aludido recorte de

periódico de 1991, opté en aquella ocasión por hacer caso omiso de lo que ya traía escrito. En el momento en que me tocó hablar, blandiendo ante los ojos del público los papeles de mi malograda intervención, traté de explicar, no sin cierta torpeza, lo que me había acabado de ocurrir. Al regresar a casa al día siguiente volví también a la tarea; unas semanas después ya quedaría resuelta, analizada y explicada —según consta en la segunda parte de este estudio— la incógnita del escrito en cuestión.

En abril de 1971, refiriéndose Ayala en su epílogo a *El jardín de las delicias* al eterno diálogo que se da entre un texto y su lector, se había dirigido a la destinataria de dicha obra con las siguientes palabras: “Los años correrán, volará el tiempo; y si un día, hacia el final de los tuyos, [...] esos ojos que tanto he querido recorrer sus líneas, ¿qué sentimientos despertarán entonces en ti?”. En mi caso particular, al “destapar el arca” de palabras de “Y va de cuento”, escrito que últimamente tantísimos quebraderos de cabeza me había venido dando, se ha *despertado* en mí un sentimiento de asombro, no sólo por lo que en él he descubierto, sino también —y sobre todo— por el hecho de que a lo largo de cerca de veinte años a mí me lo hubiese escamoteado su perspicaz autor...

PARTE PRIMERA

Desde el diario a la creación: El escritor Ayala

ESTA electiva afinidad de parte del escritor Francisco Ayala por los modernos medios de comunicación, ¿cuándo empezó? ¿Cuándo comenzaría a ampliar sus ya diversas fuentes de inspiración literaria para incluir entre ellas, por ejemplo, *noticias* —algunas de ellas apócrifas, otras fidedignas— de la prensa del día? Denominada esta desde finales del siglo XIX el cuarto poder, en el veinte vería complementada su autoridad por el rápido desarrollo de los nuevos medios audiovisuales —radio, cine y televisión—, precursores a su vez de las modernas tecnologías que, con una rapidez espectacular, han venido transformando la transmisión y recepción de información en nuestra sociedad actual. Tal como ocurriera —de modo distinto, claro está— en aquella época histórico-social, caracterizada por una pluralidad de formas de comunicación, que queda reflejada en la obra literaria de Cervantes, la re-creación de la realidad histórico-social de nuestro recién concluido siglo XX constituye asimismo, y a su modo, un complejísimo reto estético para todo auténtico creador.

Para *involucrar* activamente a su eventual lector, proporcionándole así una sensación, no sólo de verosimilitud, sino también de constante y variadísima participación en el acto creador, el autor del *Quijote* se vale de una enorme variedad de *fuentes* parciales, tanto escritas como orales —todas ellas aparentemente *reales*—, cuyo sentido último, y problemático, ha de descifrar activamente para sí un receptor, no ya —según ocurre dentro de la novela— ficticio, sino, en cambio, consumadamente real. En el siglo XX, según queda evidenciado tanto en las artes (en particular, la llamada *séptima*) como en los medios de comunicación, la realidad, muchísimo más fragmentada aún, requiere para su re-construcción e interpretación un destinatario muy activo. De ahí la importancia en el arte del siglo veinte del *proceso*, tanto el del mismo creador como el proceso por el que ha de pasar su hipotético receptor.

El complejísimo arte narrativo de la novela cervantina se sirve, repito, de una gran diversidad de voces y de perspectivas para (re)crear una ficticia *realidad* que ha de interpretar por sí solo cada destinatario —sea ficticio, sea real—, para llegar con ello a su propia interpretación de lo vivido, oído o leído ahí. Cinco siglos después, y dentro de unas circunstancias histórico-sociales muy diferentes, se sirve el escritor Ayala de fuentes parecidas —misteriosos manuscritos, la literatura, la declamación poética, la relación oral— junto con otras estrictamente

actuales, tales como —y sobre todo— la prensa del día, para exponerle al destinatario contemporáneo su propia visión de la condición humana. También, como en el caso de la narrativa cervantina, en la de Francisco Ayala les toca tanto a los personajes ficticios (muchos de ellos a su vez lectores y escritores) como a cada hipotético destinatario interpretar para sí mismo todo lo oído, y ante todo, lo leído, por él.

La larga trayectoria literaria de Ayala, sobre todo en su vertiente creadora, se caracteriza asimismo por una marcada propensión al tanteo y a la experimentación, dentro de los que conviene recalcar aquí, de un lado, una tendencia hacia la combinación, o fusión, de géneros, y de otro, una cada vez más clara e intensa sensación de la importancia en su obra de un *yo* actor y creador —sea este ficticio, o bien real—, cosa que termina por otorgar a gran parte de la narrativa ayaliana una especie de aire testimonial. Lo cierto es que aquella mezcla —o, si se quiere, personal *re-creación*— de géneros, asentada fundamentalmente en el antes referido continuo proceso de experimentación literaria, constituye ante todo una búsqueda, tanto estética como intelectual, relacionada de alguna manera con otra, anímica y vital: una indagación continua a la que —y esto es importante— no hay, ni puede haber, respuesta última alguna, pues, como escribe el narrador al final de su poema en prosa “En Pascua Florida” (1969), recogido en *El jardín de las*

delicias: “Y yo, ¿no me acerco yo tal vez a los umbrales oscuros *preguntando* todavía y *siempre en vano*?” (las cursivas son mías).

Todo *diario*, bien sea del género periodístico, bien sea de índole personal, tiende a presentar la realidad humana como un *continuum*: un presente compartido, inevitablemente fragmentario —recuérdense los tan citados “trozos de un espejo roto” en que se contempla el narrador en el epílogo de *El jardín de las delicias*—, y truncado solo, en cada caso individual, por el paso definitivo por *los oscuros umbrales* de la muerte. *Recreado* sin embargo como literatura —expresión artística que, al aspirar tanto a lo bello como a lo universal, desafiando así lo finito del tiempo, suele perdurar—, el transitorio *diario* es capaz de alcanzar una envidiable inmortalidad, algo de que era bien consciente (sospecho) el Ayala *narrador* disfrazado de *ensayista* al redactar —así se denomina el *proceso* de escribir— el texto de que ahora me voy a ocupar. Pero antes de empezar, para dejar bien claro de entrada que la elaboración literaria del proceso creador como tema pertenece a una larga, y rica, tradición, convendría invocar aquí, si bien (por ahora) de paso sólo, el conocido título de una obra —por cierto de ficción— de Miguel de Unamuno, *Cómo se hace una novela* (1927), lejano descendiente en prosa del brillante “Soneto de repente” que en su día a Lope de Vega le “mandó hacer Violante”.